

VICENTE VIDE RODRÍGUEZ*

LA VERDAD CONTENIDA EN LA BIBLIA: EN QUÉ CONSISTE Y EN QUÉ ESTRATOS DEL LENGUAJE SE ENCUENTRA

Fecha de recepción: marzo 2008.

Fecha de aceptación y versión final: abril 2008.

RESUMEN: En la *Dei Verbum* se advierte cómo se va superando el concepto de verdad como exactitud de los relatos históricos, ideal de la historiografía de finales del siglo XIX. La verdad de la Escritura está ordenada a la salvación. Desde la unidad de la Escritura (DV 12), desde la verdad total del Misterio de Dios manifestado en Jesucristo, Verdad encarnada, se capta la verdad de cada libro sagrado. Desde la verdad total de Cristo se relativiza y se atribuye su valor exacto a los fragmentos de verdad de cada texto bíblico. En la Escritura la verdad se presenta y se enuncia en modo diverso. La verdad de las expresiones bíblicas consiste en la correspondencia entre la intención comunicativa del autor humano y la intención comunicativa de Dios. La verdad contenida en la Escritura consiste en la Revelación de Dios como Palabra.

PALABRAS CLAVE: *Dei Verbum*, verdad, historia, revelación, intención comunicativa, performativa.

The Truth that is contained in Bible: what does this mean and at which level of language should we find it

ABSTRACT: *Dei Verbum* surpasses the concept of truth understood as historical accuracy of the narration, which was the ideal of the historiography developed in

* Facultad de Teología, Universidad de Deusto-Bilbao; vvide@teol.deusto.es

the later 19th century. The truth of Scripture is oriented toward salvation. Taking as starting point the unity of Scripture (DV 12) and the whole Truth of the Mystery of God manifest in Jesus Christ, it is possible to access to the truth of each sacred book. Compared with Christ, the complete Truth, all fragments of truth as found in every biblical text are relative and receive their precise value. In Scripture truth is presented and enunciated in diverse ways. The truth of biblical expressions consists of the correspondence between the communicative intention of the human author and the communicative intention of God. Truth as contained in Scripture consists of the Revelation of God as Word.

KEY WORDS: *Dei Verbum*, truth, history, revelation, communicative intention, performative.

INTRODUCCIÓN

«¿Jura usted decir toda la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad?». La noción de verdad que subyace a este juramento, ¿puede aplicarse a la Biblia? Veremos las dificultades que surgen si se responde afirmativamente. Si se responde negativamente, emerge la pregunta: ¿la Biblia no es verdadera? ¿Es falsa? ¿No todo lo que dice es verdad? Y si es un libro inspirado por Dios, ¿cómo puede expresar cosas que no son verdad?

La respuesta a esta cuestión la encontramos en el n.11 de la *Dei Verbum* (DV). Dios quiso consignar en las Sagradas Escrituras la verdad para nuestra salvación. Voy a intentar señalar en qué consiste la verdad que contiene la Sagrada Escritura y, comentando la *Dei Verbum*, exponer la íntima relación entre la noción de verdad, los estratos del lenguaje en los que se encuentra y la palabra de Dios como palabra llena de gracia, de verdad y de vida.

I. LAS DIFERENTES TEORÍAS FILOSÓFICAS DE LA VERDAD

¿Qué es la verdad? ¿En qué consiste la verdad? ¿Qué queremos decir cuando decimos que un enunciado, un libro, una expresión es verdadera? La respuesta no es fácil ni simple, ya que en el panorama filosófico nos encontramos con diferentes teorías sobre la definición de verdad¹.

¹ Seguimos de cerca la exposición de las teorías de la verdad que se encuentra en A. GARCÍA SUÁREZ, *Modos de significar*, Madrid 1997, 188-217.

Vamos a señalar las principales teorías de la verdad y considerar su aplicación a la noción de verdad contenida en la Escritura.

Siguiendo a A. García Suárez podríamos clasificar de este modo las teorías de la verdad más desarrolladas o sistematizadas. En primer lugar habría que distinguir entre las teorías substanciales y las teorías deflacionarias. Las teorías substanciales: definen la verdad en términos de alguna propiedad o conjunto de propiedades. Se oponen a las teorías deflacionarias. Una teoría deflacionaria de la verdad considera que el predicado «es verdadera» no es un predicado genuino. Las teorías substanciales de la verdad pueden dividirse en teorías realistas y no realistas:

1. *Teorías realistas*. Afirman que un enunciado es verdadero si y sólo si se da el estado de cosas que expresa con independencia de la existencia de cualquier mente o de cualquier esquema conceptual. La mayoría de las teorías de la verdad como correspondencia pertenecen a este apartado.
2. *Teorías no realistas*. Por el contrario, las teorías pragmatistas y las teorías de la verdad como coherencia son teorías no realistas. Una teoría no realista puede ser una teoría de la correspondencia, pero entonces negará que el estado de cosas expresado por un enunciado sea independiente de nuestras mentes o de nuestro esquema conceptual.

1. LA TEORÍA DE LA VERDAD COMO CORRESPONDENCIA

El origen del término «correspondencia» parece ser medieval. Tomás de Aquino usó «correspondencia» de este modo al menos una vez, aunque prefería la definición que atribuía al filósofo judío neoplatónico del siglo IX Isaac Israelí: «Veritas est adaequatio rei et intellectus». Podemos distinguir dos tipos de teorías de la verdad como correspondencia:

1. Correspondencia como semejanza o congruencia. Estas teorías suponen que hay un isomorfismo estructural entre los portadores veritativos y los hechos a los que corresponden cuando aquéllos son verdaderos. Los hechos del portador encajan con las partes del hecho. Aquí se sitúan el atomismo lógico de Russell y Wittgenstein en el *Tractatus*.
2. Correspondencia como correlación convencional. Estas teorías no pretenden que el portador veritativo refleje, figure o sea estructu-

ralmente isomórfico con el estado de cosas con el que está correlacionado. Un portador veritativo como un todo está correlacionado con un estado de cosas como un todo. No hay nada natural en la correlación, sino que es el producto de convenciones lingüísticas. Según Austin, no hay necesidad de que las palabras usadas al hacer un enunciado verdadero reflejen en forma alguna, por muy indirecta que sea, ningún rasgo de la situación o evento. La correlación entre oraciones y el mundo es absoluta y puramente convencional.

La teoría de la verdad como correspondencia se resume así: «un enunciado verdadero se corresponde a los hechos». Pero la determinación de los hechos como entidades extralingüísticas en el mundo resulta problemática, tal y como han mostrado, entre otros, Frege, Strawson y Davidson. La teoría de la correspondencia como adecuación entre el entendimiento y la realidad, teoría clásica de la verdad, ha predominado en el panorama filosófico y en la doctrina tradicional de la inspiración hasta la *Dei Verbum*. Tiene sus ventajas, a saber, defiende el realismo, evita el relativismo y es fácil de exponer. Es útil para los lenguajes científico y metafísico, pero resulta problemática en su aplicación a los lenguajes que aparecen en la Biblia, como veremos.

En 1931 Alfred Tarski propuso una teoría a la que llamó «concepción semántica de la verdad». La llamó así porque la verdad se define en la teoría en términos de otros conceptos semánticos, especialmente el de satisfacción. Los conceptos semánticos, como los de designación, satisfacción y el propio concepto de verdad ponen en relación expresiones y objetos. Tarski se propone captar el significado de una vieja noción que llama la concepción aristotélica clásica de la verdad, tal como se expresa en la metafísica de Aristóteles. Alude también a formulaciones modernas de la teoría de la correspondencia entre oración y estados de cosas existentes. Pero las rechaza por equívocas, imprecisas y oscuras. Ninguna de ellas constituye una definición adecuada de la verdad. Propone una definición lógico-formal de la teoría clásica como una relación bicondicional entre la expresión oracional y el contenido proposicional (O es V si y sólo si p). Pero esta definición de la verdad sólo puede resolverse para los lenguajes formalmente especificables y, dado que el mismo Tarski se muestra escéptico sobre la aplicabilidad de la definición a los lenguajes naturales, difícilmente puede aplicarse a los lenguajes de la Biblia.

2. LA VERDAD COMO COHERENCIA

Según Brand Blanshard, un conjunto de creencias es coherente si y sólo si es un conjunto consistente y, además, si cada miembro del conjunto es implicado (deductiva o inductivamente) por todos los demás en conjunción o por cada uno de los demás individualmente. Este autor no cree que se alcance jamás la verdad pura, y ofrece por ello una teoría de los grados de verdad. Un juicio dado es verdadero en el grado en que su contenido podría mantenerse a la luz de un sistema completo de conocimiento, falso en el grado en el que su aparición allí exigiría transformación. Según él, el contenido de una creencia consiste en pensar en sus relaciones esenciales. No podemos pensar en una aorta sin pensar en los demás órganos corporales con los que conecta o a los que sirve. Así en su teoría una creencia sería verdadera en grado n si en el $n\%$ de su contenido formara parte de un sistema de creencias puramente verdadero. La verdad como coherencia podría aplicarse a la noción bíblica de verdad, con muchos matices, ya que la Sagrada Escritura constituye un conjunto cuya consistencia se basa en la relación implicativa de sus diferentes relatos y expresiones con la totalidad del misterio de Cristo.

3. TEORÍAS PRAGMATISTAS DE LA VERDAD

A diferencia de las teorías clásicas de la verdad como correspondencia se considera que la realidad es intersubjetiva, depende de las mentes de la comunidad. Con ello identifica la verdad con la opinión consensuada. Para James una creencia es verdadera cuando concuerda con la realidad y concuerda cuando es útil. Es útil para manipular los objetos del mundo, puede permitir la comunicación con nuestros semejantes, puede llevar a predicciones exactas, puede contribuir a explicar la conducta de los demás, etc. Con ello hace equivaler lo verdadero con la creencia cuya adopción tiene buenas consecuencias prácticas o con aquello que es eficaz. James llevó su instrumentalismo hasta el punto de justificar las creencias religiosas por su utilidad pragmática. Ahora bien esta noción de verdad está muy lejos de la noción bíblica de verdad como revelación.

En cuanto a las teorías deflacionarias, como la de la redundancia (F. Ramsey), al no admitir que el predicado «es verdadero», es un predicado genuino, no nos permiten analizar la verdad de la Escritura, ya que

ésta se presenta como expresión coherente y auténtica de una realidad manifestada.

4. LA ESENCIA DE LA VERDAD SEGÚN HEIDEGGER

Según Heidegger, Platón cambió el modo griego primitivo de entender la verdad, hasta hacerla retornar del des-ocultamiento al ocultamiento. En su obra *Doctrina de Platón acerca de la verdad* (1947) señala cómo Platón habría sometido la verdad al yugo de la idea y de este modo habría desplazado el acento del sentido básico y originario que tiene de des-ocultamiento y des-cubrimiento a otro, complementario y derivado, que consiste en la corrección o rectitud del juicio.

¿Cómo tuvo lugar este cambio? Descubrimiento se dice en griego *aletheia*, palabra que suele traducirse por verdad. Y verdad significa, para el pensamiento occidental, concordancia de la representación pensante con la cosa: *adaequatio rei et intellectus*. Pero Heidegger no se contenta con traducir literalmente el término *aletheia*. Descubre que en Platón se da un viraje que lleva de la verdad como desocultamiento y descubrimiento del ente a la verdad como rectitud y corrección del conocimiento. Más tarde en Aristóteles el juicio del entendimiento se convierte en el lugar de la verdad, de la falsedad y de su distinción. Un enunciado se llama verdadero, en la medida en que se ajusta a lo que la cosa es. La *aletheia* se concibe como rectitud, como lo contrapuesto a lo falso, tomado en el sentido de incorrecto. Esta determinación de la verdad como rectitud de la representación enunciativa dominará todo el pensamiento occidental.

El escrito de Heidegger *De la esencia de la verdad* pretende mostrar que la verdad es un descubrimiento y no una constitución. La relación de conformidad en la que la tradición filosófica ha visto la esencia de la verdad, sólo es posible si, previamente a todo enunciado predicativo, un ente se nos ha hecho presente y patente en su ser. La verdad como conformidad (verdad óptica) se funda, pues, como en su condición de posibilidad, en una realidad anterior que consiste en la patencia originaria del ente y en el comportamiento abierto del hombre hacia ella (verdad ontológica). Heidegger se pregunta por el fundamento de esa capacidad de abrirnos a las cosas y lo encuentra en la libertad. En *De la esencia del fundamento*, Heidegger relacionó la libertad con la trascendencia del ser-ahí y vio en ella el fundamento del fundamento. Ahora la relaciona con

el comportamiento abierto a la manifestación del ente que hace posible la conformidad del enunciado con su objeto y ve en ella la esencia de la verdad. Poner la esencia de la verdad en la libertad parece como confiarla a la arbitrariedad humana. Por eso se apresura a decir que él no entiende la libertad como «libre arbitrio», sino como la acción de retroceder ante las cosas, de mantener la lejanía frente al ente, para que éste pueda entonces manifestarse en lo que es. La libertad consiste exactamente en dejar-ser al ente, en acceder a que éste surja ante nosotros y se revele en toda su pureza. Encontramos aquí una conexión con la frase de Jesús en el evangelio de Juan: «La verdad os hará libres», ya que sólo desde la libertad se descubre la verdad.

P. Grech ha aplicado la noción heideggeriana de verdad como desvelamiento del ser a la teología de la revelación y a la inspiración de la Sagrada Escritura². Según Heidegger el aspecto esencial de la verdad es el desvelamiento, es decir, la autenticidad. Desde su paradigma algo o alguien es verdadero en cuanto es auténtico. Aplicando esta noción de verdad a la Escritura podríamos decir que la verdad contenida en ella consiste en la autenticidad de la presencia de Dios en la historia y no en una adecuación literalista de enunciados historiográficos y sucesos semejantes a una crónica de periódico.

Además, la noción heideggeriana permite captar la íntima relación entre verdad y revelación. Para el cristiano Dios es el ser que se manifiesta en el hombre y al modo humano. La encarnación garantiza la autenticidad de este desvelamiento de Dios y la adecuación de su expresión. Con la noción heideggeriana conectamos con la noción semítica de verdad que tiene que ver, sobre todo, con la fidelidad, la veracidad, la autenticidad de la palabra dada y con la promesa de cumplimiento del futuro anunciado. Es verdadero aquello que es realmente, que tiene consistencia en sí y por sí mismo. En último término la verdad como revelación consiste en la autenticidad del encuentro entre los interlocutores. Esta autenticidad se expresa de múltiples formas en el lenguaje. Para Heidegger el lenguaje es la morada del ser; para los cristianos el lenguaje, el Logos, el Verbo es la morada de Dios con los hombres. Y cada lenguaje, cada género literario, contiene su verdad propia en función de su autenticidad. Esta verdad no se reduce en ningún caso a un contenido infor-

² Cf. P. GRECH, *Quid est veritas? Rivelazione e ispirazione: nuove prospettive: Lateranum* 61 (1995) 147-158.

mativo, ya que la verdad consiste, según el n.11 de la DV, en lo que Dios quiso que fuera consignado en el lenguaje de la Escritura, es decir, en la intención comunicativa de Dios manifestada con el lenguaje propio del autor humano en cada uno de los diferentes libros de la Escritura. Por eso no es lo mismo la intención comunicativa contenida en el libro de los Macabeos que en el Qohelet. Y no es lo mismo la verdad contenida en los Macabeos que en Qohelet. Para captar la verdad expresada en cada libro sagrado de un modo propio y específico hay que aplicar los criterios de interpretación que señala el n.12 de la DV³. Después de analizar a grandes rasgos las diferentes nociones de verdad, nos preguntamos: ¿cuál es la noción de verdad en la *Dei Verbum*?

II. LA NOCIÓN DE VERDAD EN LA *DEI VERBUM*

Para clarificar la noción de verdad en la DV es preciso tener en cuenta el uso de esta expresión en los diferentes números del documento conciliar⁴. En el capítulo I verdad equivale a revelación (n.2 y 4); en el capítulo II aparece con este significado en el ámbito de tres expresiones: «verdad salvífica» (n.7), «el carisma de la verdad» (n.8), «Espíritu de verdad» (n.9). En el capítulo V aparece con mayor claridad por la cita del prólogo del evangelio según San Juan: «lleno de gracia y de verdad» —donde la verdad coincide sin duda con la revelación del plan de salvación de Dios (n.17)—. En el capítulo VI encontramos el mismo significado en la expresión: «toda la verdad contenida en el misterio de Cristo» (n.24).

En el n.12 se pone en relación la noción de verdad con la interpretación de la Sagrada Escritura, concretamente a la hora de señalar los elementos que permitan llegar hasta la intención del autor humano. Para el análisis literario hay que tener en cuenta los géneros literarios. La fórmula

³ Para un comentario detallado del n.12 de la DV remito a mi estudio sobre la recepción del capítulo III de la *Dei Verbum* con una atención a los criterios de interpretación de la Sagrada Escritura. Cf. V. VIDE, *La relevancia de la Palabra de Dios. La recepción del capítulo III de la Dei Verbum*: Revista Española de Teología 66 (2006) 529-558.

⁴ Un estudio histórico de la cuestión se encuentra en A. GRILLMEIER, *La verità della Sacra Scrittura e la sua scoperta. Sul terzo capitolo della costituzione dogmatica Dei Verbum del Vaticano II*, en I. DE LA POTTERIE (ed.), *La verità Della Bibbia nel dibattito attuale* (Queriniana), Brescia 1968.

«géneros literarios» fue introducida en el tercero de los cuatro esquemas sucesivos y mantenida en el definitivo, pero el texto promulgado habla de ellos en sentido técnico (por eso lo escribe entre comillas) y como un método más entre otros muchos. No es el único. Dentro del marco de los géneros literarios se dice que la verdad se propone de diversos modos y se expresa de manera diferente en los diversos textos históricos, proféticos o poéticos y en otros géneros de expresión. En cuanto al análisis histórico para comprender el verdadero sentido de la palabra de Dios hay que reconocer los condicionamientos humanos en los que se expresa. La noción de verdad no puede ser ajena a ellos, ya que no hay verdad sin lenguaje.

En el n.13 se pone en relación la verdad con la santidad de Dios y con la manifestación de la Palabra de Dios en el lenguaje humano, y todo ello desde la lógica de la condescendencia: «En la Sagrada Escritura, permaneciendo intacta la verdad y la santidad de Dios, se manifiesta la admirable condescendencia de la Eterna Sabiduría». Al hacerse la Palabra de Dios semejante al lenguaje humano, la Verdad se hace semejante a la verdad del lenguaje humano.

Pero donde más se desarrolla el tema de la verdad es en el n.11 de la DV. La segunda parte del n.11 del capítulo III de la DV pone en relación el tema de la inspiración con la verdad de la Escritura. La teología preconciliar expresaba la relación entre verdad e inspiración, sobre todo, con la categoría de inerrancia, ausencia de error. Esta categoría está presente hasta la tercera redacción del esquema. La formulación positiva como la verdad se introduce en la redacción de 1965. La inerrancia se movía en la perspectiva neoescolástica que atribuía al hecho de la inspiración la tarea de defender la absoluta imposibilidad de un solo error en toda la Sagrada Escritura. Se pensaba que no podía darse ningún caso en el que los hagiógrafos hubieran podido equivocarse, dado que la inspiración divina excluye de por sí y necesariamente cualquier clase de error, ya sea en cuestiones religiosas o en aspectos profanos. La inerrancia es una categoría que sólo tiene en cuenta el aspecto negativo y, además, es ambigua, porque error tiene que ver más con su opuesto, la corrección o exactitud, que con la categoría de verdad. Asimismo, la inerrancia se basaba en un argumento bastante débil, a saber: si la Biblia tiene por autor a Dios y si Dios no puede cometer errores, entonces la Biblia necesariamente carece de errores. No analizo más el porqué se llegó a subrayar la inerrancia en la teología preconciliar, ya que aquí nos centramos en la noción de verdad contenida en la Biblia.

La DV sitúa la relación entre la inspiración y la verdad en otra dimensión para eliminar precisamente la ambigüedad del término inerrancia. Al no identificarse la verdad con la inerrancia se evita el compromiso de tener que defender la rigurosa exactitud de los hechos narrados, se evita el riesgo de entrar en criterios de verificación histórica y científica, se evita el tener que mantener que todas y cada una de las aserciones de la Biblia en el campo de la geografía o de la cosmología o de la biología o de la antropología son necesariamente correctas y exactas en su materialidad y literalidad. La inerrancia, es decir, lo que los libros de la Escritura enseñan con certeza, fielmente y sin error no es algo en plural, sean hechos históricos, científicos o verdades en cuanto afirmaciones verificables, sino en singular, «la verdad», y no cualquier verdad, sino la verdad que Dios quiso que estuviese contenida y manifestada en la Sagrada Escritura. Por eso cuando la DV reconoce que los libros sagrados enseñan «sin error» añade tres elementos de gran importancia frente a la inerrancia neoescolástica. Primero, la Sagrada Escritura enseña, muestra, manifiesta y no afirma, enuncia o asevera como si tratase de aserciones históricas o científicas. Segundo, los libros sagrados no enseñan o manifiestan verdades en plural, sino la verdad en singular como luego detallaremos. Tercero, la función de esta manifestación de la verdad es la salvación: «la verdad que Dios quiso para nuestra salvación».

Por eso el n.11 señala que la noción de verdad no se sitúa en un ámbito intelectualista, doctrinal o cognoscitivo, sino en el ámbito salvífico: *nostrae salutis causa*: para nuestra salvación. La verdad contenida en la Biblia no se dice, sino que se muestra, se enseña, se manifiesta, a diferencia de los enunciados científicos y, además, está orientada a la plena, última y definitiva realización existencial del ser humano, es decir, al sentido total y último de su vida, a la salvación.

La expresión *nostrae salutis causa* especifica el objeto formal del que la Biblia se ocupa y declara que su perspectiva es propia y exclusivamente el plan salvífico de Dios. Según los historiadores y expertos en la redacción y análisis de la DV, el texto conciliar renuncia a la expresión *veritas salutaris* para evitar equívocos, ya que la expresión podría dar a entender que en la Biblia hay una distinción material entre páginas inspiradas y otras no inspiradas. La expresión del texto final *nostrae salutis causa* (para nuestra salvación) se debe, según los historiadores del Concilio, a una intervención directa de Pablo VI para resolver el impasse al que se había llegado en esta cuestión. Muchos padres conciliares temían que se

podiera caer en el error de distinguir entre verdades religiosas y verdades profanas, las primeras verdaderas e inspiradas; las segundas no inspiradas y no necesariamente verdaderas⁵. La expresión *nostrae salutis causa* sustituye a la fórmula *veritatem salutare*, que había sido propuesta en el primer esquema de la DV. El adjetivo *salutaris* no se vincula directamente con el sustantivo *veritas* para delimitarlo o calificarlo, sino que se vincula con la causa final de la acción de Dios: nuestra salvación. Al vincular estrechamente la verdad de la Biblia con el plan de salvación de Dios, el Concilio retoma algo que ya estaba presente en la Tradición de la Iglesia: la verdad de la revelación no se puede disociar de la salvación de la humanidad. Esta idea se repite a lo largo de la DV desde el principio: Dios se manifiesta como Verdad para entrar en comunión con la humanidad, para establecer una comunicación interpersonal, salvífica, de tal modo que escuchando y acogiendo su Palabra el mundo crea, creyendo espere y esperando ame, según la expresión de San Agustín que aparece en el n.1 de la DV. El n.11 no dice que los libros sagrados son verdaderos y por eso salvan. Dice que la Sagrada Escritura contiene la verdad que, para el cristiano, es la persona de Jesucristo, manifestado en la Biblia como Salvador. Jesucristo, Revelación, camino, verdad y vida, es quien salva. Y los libros sagrados se han escrito para que creyendo en Cristo, tengamos vida en su nombre. Así pues, la verdad necesaria para nuestra salvación no se reduce a un conjunto de verdades dogmáticas, ni mucho menos a verdades de tipo histórico, filológico o científico, sino que es Dios mismo en persona en cuanto se revela a los hombres y da a conocer el Misterio de su voluntad.

Comentando este texto de la DV sobre la verdad para nuestra salvación, A. Ibáñez considera que a pesar de las explicaciones de la Comisión, a pesar también de la aclaración de que se refiere a los hechos que tienen que ver con la salvación, la formulación conciliar sigue siendo ambigua⁶. Para unos se dice lo de siempre: la Escritura enseña la verdad sin error, o sea, se reafirma la inerrancia absoluta. Para otros hay una gran novedad, ya que se enfatiza el objetivo de la inspiración: nuestra salvación, o sea, lo importante es el sentido, la finalidad, la orientación, el para qué de esa verdad, el para nosotros, para que alcancemos

⁵ Cf. L. FERRARI, *La Dei Verbum*, Brescia 2005, 104.

⁶ Cf. A. IBÁÑEZ, *La Constitución Dei Verbum y los estudios bíblico*: Lumen 35 (1986) 77.

en la vida el sentido pleno, último y definitivo de nuestra existencia, o sea, la salvación. También hay ambigüedad cuando se habla de los hechos de salvación. Para algunos, muy pocos, todos los hechos narrados en la Biblia son de salvación. Así piensa Spadafora, quien lamenta que la Comisión se decidiera por un texto tan equívoco, teniendo a mano otro clarísimo, el de la Comisión preparatoria. Por su parte, el cardenal Bea, que en la Comisión había opinado contra la *veritas salutaris*, entiende el texto de esta manera: la condescendencia de Dios no puede ir tan lejos que Dios se haga responsable de un error. Esto vale para cualquier afirmación de la Escritura, afecte o no directamente a la salvación. La DV no pretende restringir la inerrancia. La frase elegida habla de la meta de Dios al querer que se escriban los libros sagrados, no de la naturaleza de la verdad fijada por escrito. En la Escritura no se encuentra ningún error, con tal que se la interprete correctamente⁷. Por su parte, Benoit considera que la inerrancia no es la finalidad única de la inspiración. La verdad ocupa un lugar preeminente, pero no único. La inerrancia está garantizada cuando está en juego la verdad, pero no siempre está en juego la verdad.

En este sentido, estudiando la historia de la elaboración de la DV 11 y 12, queda claro que se supera el concepto de verdad como exactitud de los relatos históricos, ideal de la historiografía de finales del siglo XIX. Además, la verdad de la Escritura está ordenada a la salvación, es una verdad de vida. Eso sí, se afirma que Dios se nos ha revelado verdaderamente en la historia y no tanto que la historia es cosísticamente verdadera. La historicidad de los acontecimientos está garantizada cuando se relacionan con la historia de salvación y en la medida en que se relacionan con ella. Asimismo, no hay que olvidar la norma hermenéutica de considerar la unidad de la Escritura (DV 12). Desde esta unidad, desde la verdad total del Misterio de Dios manifestado en la plenitud de los tiempos en Jesucristo, Verdad encarnada, se capta la verdad de cada libro sagrado. Desde la verdad total de Cristo se relativiza y se atribuye su valor exacto a los fragmentos de verdad de cada texto bíblico.

El sentido y la verdad son propiedades inseparables de la palabra de Dios. Para la Escritura toda palabra de Dios está dotada de sentido y de verdad. Esto le diferencia de cualquier palabra meramente humana. La teología clásica siempre unió sentido y verdad en la palabra bíblica. Fue a

⁷ Cf. *Ibidem*, 78.

partir de la revolución científica cuando con las ciencias experimentales se analizaron enunciados bíblicos como científicamente falsos, cuando se disoció el sentido de la verdad. Al reducirse en la modernidad la verdad a la verificación y a la evidencia se fue orientando la verdad bíblica por el camino del sentido. León XIII trata esta cuestión en la *Providentissimus Deus*. En esta encíclica recurre a un concepto de sentido bíblico superior al de los enunciados concretos y lo caracteriza como enseñanza. Citando a San Agustín dice que el Espíritu Santo por medio de los autores humanos enseña las cosas que poseen eficacia salvífica. El sentido de la Biblia en su conjunto es su enseñanza salvífica, lo que conduce a la salvación. Su verdad se identifica con su sentido. Así vuelven a coincidir sentido y verdad. Pero se cede a una fácil reducción de la verdad al sentido. Pío XII en la *Divino afflante Spiritu* recurre a la verdad propia de la historia a partir de los géneros literarios. La DV propone la verdad como totalidad y como orientación salvífica. Pero sigue en pie la pregunta: ¿qué tipo de verdad es la verdad para nuestra salvación? ¿Es una verdad o un valor? ¿Es una verdad sólo de sentido? No se puede responder a esta compleja y debatida cuestión tan sólo analizando los n.11 y 12 de la DV, es decir, analizando la intención del autor que hay que descubrir para hallar el sentido bíblico. Según la DV, la verdad no es tan sólo el sentido de los enunciados allende el texto, sino que se identifica con la realidad más allá del texto literal. La verdad primordial es el ser de Dios vivo y verdadero (DV 3, 14). Se manifiesta en la persona de Cristo lleno de gracia y de verdad (DV 17) y está en Él «escondida» (DV 24). Aquí la verdad es comprendida desde el paradigma de Heidegger: verdad como manifestación, desvelamiento, revelación del Misterio de Dios o de Dios como Misterio insondable comunicado en el lenguaje de la Palabra hecha carne e historia. Pero también puede ser comprendida la noción de verdad en la DV como una adecuación entre el conocimiento y la realidad en el sentido de una progresiva marcha hacia la coincidencia plena y perfecta del conocer humano y de la realidad divina, hacia la «plenitud de la verdad» (DV 8).

¿En qué consiste la verdad contenida en la Escritura? Para responder a la cuestión central que nos ocupa, es preciso considerar los estratos del lenguaje en que ésta se encuentra, ya que no podemos disociar la verdad del lenguaje ni el lenguaje de la verdad. Así lo recoge la DV en el n.12 al decir que la verdad se propone y se expresa diversamente según el tipo de lenguajes de los textos de que se trate. Ello quiere decir que si, por una parte, la verdad es Dios mismo en cuanto se revela en su plan de salva-

ción; por otra, la Escritura verbaliza esa verdad en las mediaciones del lenguaje humano.

III. EN LA ESCRITURA LA VERDAD SE PRESENTA Y SE ENUNCIA EN MODO DIVERSO. LOS ESTRATOS DEL LENGUAJE EN QUE SE HALLA LA VERDAD

«La verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios»

(DV 12)

1. NO ES LO MISMO DECIR VERDADES QUE MOSTRAR LA VERDAD

Una de las aportaciones importantes de Wittgenstein ha sido la distinción entre «decir» y «mostrar». Las proposiciones verdaderas, entendidas como descripciones que se corresponden con estados de cosas, dicen cómo es el mundo, dicen verdades. En cambio, las expresiones de los lenguajes ético, estético, metafísico y religioso muestran el sentido del mundo. Los lenguajes de la Biblia dicen verdades en cuanto que muestran lo que de verdad es el ser humano, el mundo y la historia. También encontramos verdades expresadas con aserciones históricas y cosmológicas y hallamos una visión antropológica y cosmológica. Pero la verdad que Dios quiso que se consignara en la Sagrada Escritura no es de este tipo. La verdad que Dios quiso que fuera contenida y expresada en la Biblia no se puede reducir a un contenido informativo, ya que ésta se sitúa en el nivel de lo que Dios quiso comunicarnos. Y no es lo mismo informar que comunicar. Comunicar es más amplio que informar. Comunicar es establecer una relación interactiva interpersonal, en la que hay un contenido proposicional, es decir, una serie de informaciones o mensajes. Pero hay también una fuerza ilocucionaria, es decir, una intención comunicativa, que es la que caracteriza el tipo de expresión lingüística. Por eso los lenguajes de la Biblia muestran, ante todo, la verdad del cosmos y de la historia al manifestar que el mundo y el hombre tienen una consistencia, una coherencia y una realidad. Por eso decía Wittgenstein que lo místico no se puede decir, ya que se muestra. Esta distinción puede

ayudar a expresar la verdad contenida en la Biblia como Revelación, es decir, manifestación real del ser de Dios y de lo que el ser humano es y está llamado a ser en plenitud. La Biblia no es una colección de descripciones fácticas, no dice cómo es fácticamente el mundo. La Biblia no dice verdades en este sentido, sino que la Biblia muestra la verdad del mundo y del hombre *sub specie aeternitatis*, a la luz del misterio de Cristo, plena manifestación del ser de Dios y del ser humano, «Camino, Verdad y Vida».

2. NO ES LO MISMO DECIR VERDADES QUE COMUNICAR LA VERDAD

La Biblia no es un tratado sistemático de verdades científicas. La Biblia no se ha escrito ni ha sido inspirada para transmitir informaciones verdaderas, sino para comunicar la verdad, para suscitar un encuentro entre el Misterio de Dios desvelado y revelado en Cristo, Camino, Verdad y Vida y el ser humano en la verdad más profunda de su ser. La Biblia es un conjunto de libros que muestran verdaderamente el ser de Dios comunicado al ser humano y, a la vez, le muestran a éste la verdad más profunda de su ser. Por eso no se puede disociar la verdad de las expresiones lingüísticas de la Biblia de su sentido, ya que la verdad de las expresiones de la Biblia no es una verdad de tipo proposicional, reducida a la dimensión semántica. No es una correspondencia entre los contenidos semánticos de los términos lingüísticos y los estados de cosas fácticos correlacionados. La verdad de las expresiones bíblicas consiste en la correspondencia entre la intención comunicativa del autor humano y la intención comunicativa de Dios. El ámbito en el que se da esa correspondencia se considera palabra de Dios. La verdad contenida en la Biblia no consiste en una correspondencia entre lo que dice literalmente un enunciado y su correlación con un hecho fáctico.

Por eso la DV distingue entre decir y comunicar. La verdad para nuestra salvación no se dice, se comunica. Tiene que ver no con la literalidad de un enunciado, sino con lo que afirma formalmente una persona. En ella se tiene en cuenta lo que se dice y lo que se quiere decir. No es lo mismo decir que comunicar, como no es lo mismo informar que comunicar. Informar es transmitir un pensamiento o un mensaje a otro agente cognitivo; comunicar es entablar una relación interactiva con otra persona. Por ello para que dos personas se puedan comunicar es necesario que exista una intención comunicativa explícita por parte del hablante de modo que pueda ser reconocida por parte del oyente. La verdad conte-

nida en la Escritura no consiste en un conjunto de informaciones sobre hechos del mundo, sino en la comunicación de Dios mismo en persona a través de los diferentes lenguajes de los autores de los escritos bíblicos. Por eso el papa Benedicto XVI señala en su encíclica *Spe salvi* que la verdad del mensaje cristiano no se puede reducir a su aspecto informativo, ya que comporta esencialmente una dimensión performativa:

«En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo “informativo”, sino “performativo”. Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que cambia la vida»⁸.

Para saber lo que Dios quiere comunicarnos tenemos que estudiar con atención lo que los autores querían decir (*significare intenderint*) (DV 12). El texto del Concilio establece una relación no entre un decir literal de Dios y un decir literal humano, sino entre lo que Dios quiere decir y lo que el hombre quiere decir, entre la intención comunicativa de Dios y la intención comunicativa del autor. Dios se comunica como verdad al develar por medio de los escritos bíblicos dimensiones de su ser que son inaccesibles al ser humano con las solas fuerzas de su razón o de su lenguaje. Pero para ello asume la mediación de las palabras humanas, «con dichas palabras» (*eorum verbis*) (DV 12), palabras condicionadas por el tiempo, la cultura y los géneros literarios de la época en que fueron escritos los libros de la Biblia (DV 12). Ahora bien, el lenguaje no se puede reducir a la totalidad de las proposiciones verdaderas. Hay estratos lingüísticos que no entran en el paradigma de una teoría de la verdad referencialista y, sin embargo, tienen su significado y su verdad. Hay estratos del lenguaje en los que no se transmite información de una mente a

⁸ BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n.2. Más adelante, en los n.4 y 10, el Papa vuelve a señalar que el mensaje cristiano no se puede reducir al aspecto informativo, ya que comporta una dimensión preformativa. «Antes de abordar la cuestión sobre si el encuentro con el Dios que nos ha mostrado su rostro en Cristo, y que ha abierto su Corazón, es para nosotros no sólo “informativo”, sino también “performativo”, es decir, si puede transformar nuestra vida hasta hacernos sentir redimidos por la esperanza que dicho encuentro expresa, volvamos de nuevo a la Iglesia primitiva» (n.4).

«No obstante, es el momento de preguntarnos ahora de manera explícita: la fe cristiana ¿es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida? ¿Es para nosotros “performativa”, un mensaje que plasma de modo nuevo la vida misma, o es ya sólo “información” que, mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones más recientes? (n.10).

otra. Con el ocaso del verificacionismo neopositivista asistimos a una valoración de los estratos performativo y comunicativo del lenguaje. La verdad de los lenguajes bíblicos consiste en poner de relieve aspectos y dimensiones de la realidad que no encajan en el marco de una teoría semántica representacionista bipolar verdadero/falso (lo que es el caso/lo que no es el caso) que supone un no verificable isomorfismo lenguaje/pensamiento/mundo.

Con el desarrollo de la pragmática lingüística, sobre todo a partir de J. L. Austin y J. Searle, se descubre que la mayoría de las expresiones lingüísticas y, por supuesto, la mayor parte de las expresiones bíblicas, no pueden evaluarse en su verdad como una correspondencia con estados de cosas existentes. Además, la bipolaridad verdadero/falso no puede aplicarse, a veces, ni siquiera a los enunciados descriptivos o científicos. Decimos, por ejemplo, que un enunciado es exagerado, o vago, o árido; una descripción, tosca, o desorientada; un relato, más bien general o demasiado conciso. Asimismo, no es suficiente con caracterizar a un enunciado diciendo si es verdadero o falso; hay que valorar también su grado de adecuación a las circunstancias en que se emite. Austin distingue tres aspectos en una expresión lingüística: locucionario, ilocucionario y perlocucionario. Las expresiones bíblicas no son enunciados que describen hechos. Son performativos que narran acontecimientos y, al hacerlo, represencializan la verdad como desvelamiento del misterio de Dios. Por su parte, el filósofo J. Searle distingue dos dimensiones en cada acto de habla: el contenido proposicional y la fuerza ilocucionaria. La verdad se presenta de diversas formas según la intención comunicativa de cada acto de habla. No es lo mismo la verdad de una aserción que la de una orden, la de una pregunta o la de una promesa.

¿En qué estratos del lenguaje se halla la verdad contenida en la Biblia? Aplicando los estudios más recientes de las ciencias lingüísticas, sobre todo las aportaciones de la pragmática lingüística y de la teoría de la comunicación de Sperber y Wilson, podríamos señalar los siguientes:

1. *Estrato del lenguaje en su emisión literal.* Correspondería a la explicatura de Sperber y Wilson, es decir, el contenido que se comunica explícitamente por medio del enunciado. Se correspondería con el *sentido literal de la Escritura*. Pero no puede reducirse la verdad del mismo a una simple descodificación literalista, como suponen los fundamentalistas, ya que hay que tener en cuenta los modos y formas de expresión.

2. *Estrato del lenguaje en su intención comunicativa.* Correspondería a la implicatura de Sperber y Wilson, es decir, aquello que se quiere comunicar o aquella fuerza ilocucionaria (Searle) que se pretende poner de manifiesto. Se correspondería con *el sentido espiritual de la Escritura*, del que habla el documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 1993. Constituye una verdad implicada, en cuanto no expresada explícitamente. Constituye un supuesto implícito en el enunciado o en el texto que el hablante o el escritor trata de revelar, de comunicar a un interlocutor, pero sin explicitarlo, de tal manera que el oyente/lector pueda inferirlo. La verdad en este estrato lingüístico comprende la vida cristiana en el Espíritu: el acontecimiento pascual, las tipologías cristológicas y las circunstancias presentes en la vida del Espíritu.
3. *Estrato del lenguaje como verdad plena.* Correspondería a la suma de explicatura e implicatura, según Sperber y Wilson. Se correspondería con el *sentido pleno de la Escritura*. Constituye la verdad como la realidad presente en el texto, pero no claramente expresada por el autor humano, ya que trasciende el texto. Aquí la verdad hay que desvelarla, descubrirla, tomando como premisas otros textos bíblicos. Aquí la verdad aparece como plenitud de revelación y como coherencia global de las expresiones lingüísticas bíblicas a la luz del Espíritu Santo: «Él os guiará a la plenitud de la verdad».

3. LA VERDAD EN EL LENGUAJE BÍBLICO DE LOS PROFETAS

El lenguaje usado por los profetas es, sobre todo, performativo, ya que la expresión «Palabra de Dios», o bien «oráculo del Señor», contiene la noción de *dabar*, es decir, es palabra-acción. *Dabar* no es sólo el significado o sentido de algo, sino también la cosa, el acontecimiento mismo. Como dice O. Procksch, sólo en el hebreo *dabar* encontramos que el concepto griego se manifiesta con toda su energía: la palabra como una fuerza capaz de dar la vida⁹. El profeta es consciente de una palabra tan llena de fuerza y de vida que sólo puede venir de Dios. No olvidemos que en

⁹ Cf. O. PROCKSCH, *La parola di Dio nell'Antico Testamento*, en F. MONTAGNINI - G. SCARPAT - O. SOFFRITTI (eds.), *Grande léxico del Nuevo Testamento* (Paideia, v.VI), Brescia 1970, 264-265.

Israel existía la creencia en el poder de la palabra pronunciada, como si se tratase de un performativo. No olvidemos tampoco la gran importancia que tenía en la Antigüedad la palabra pronunciada. Ésta aparece como vehículo de poderes que intervienen eficazmente en los acontecimientos del mundo; por supuesto, no cualquier palabra, sino la que pronuncian ciertas personas y en ciertas circunstancias.

¿Cómo expresan la verdad los profetas? De modos muy diversos. Pero nunca como una descripción de un estado de cosas con una referencia en sentido verificacionista. Natán expresa con una parábola exhortativa la verdad de lo que ha hecho David (*2Sam 12,1-7*). Ezequiel expresa e interpreta alegóricamente la verdad de los sucesos históricos del reino de Judá (*Ez 17,1-9*). Amós expresa irónicamente la realidad de la explotación social de su época (*Am 3,3-6*). En otras ocasiones, la verdad consiste en una declaración jurídica, como la verdad propia del lenguaje de un fiscal (*Ez 18,5-9*). En cuanto a las verdades metafísicas, unas veces se expresan sapiencialmente con un lenguaje casi académico (*Qohelet o Sabiduría*) y otras en forma de queja y lamento (*Habacuc 1,2-3*). Sintetizando, podríamos decir con J. L. Sicre que algunas veces la verdad de la palabra se centra en la relación con un fallo grave de la sociedad o actitudes que deben cambiarse o suprimirse. Otras veces, en una relación de ánimo; en ocasiones, se centra en el presente, otras se vuela al futuro lejano para anticipar la realidad de una utopía que ni siquiera nosotros hemos gozado aún¹⁰. Los profetas, en cuanto portadores de *dabar*, expresan la verdad de Dios como palabra dinámica, que comunica vida y transforma la historia con su presencia operativa.

4. LA VERDAD EN LOS LENGUAJES DEL NUEVO TESTAMENTO

Los relatos evangélicos están llenos de actos ilocucionarios. Puede señalarse, sin embargo, como elemento común de todos ellos la potencia operativa de la palabra de Jesús. Jesús es, según el cuarto Evangelio, el *Logos* del Padre. La palabra de Jesús no deja nunca indiferentes a aquellos que le escuchan. En los relatos evangélicos se encuentran diversas reacciones ante las palabras de Jesús. Por una parte, hay quienes muestran su descontento (*Mc 10,22*), por otra hay quienes se escandalizan (*Mt*

¹⁰ Cf. J. L. SICRE, *Profetismo en Israel*, Estella 1992, 110.

15,12), considerándolo endemoniado (*Jn 10,20*). Estas reacciones proceden del carácter paradójico de su palabra: («duro es este lenguaje») (*Jn 6,60*). Sus adversarios tratan de arrestarlo precisamente porque en el lógos de Cristo (que en San Juan aparece como el Logos del Padre) se revela aquello que Él es, aquello que Dios es. Por otra parte, hay también reacciones de asombro ante las palabras de Jesús, asombro fundado en el poder de Jesús (*Mt 7,28; Lc 4,32*), puesto de manifiesto en su palabra bien diversa de aquella de los fariseos y de los escribas. Ahora bien, aquí se advierte la fuerza operativa de la palabra de Jesús. Así se explica la petición hecha a Jesús por parte de aquellos que imploran una curación: «di una sola palabra y sanará» (*Mt, 8,8; Lc 7,7*). La misma confianza en la potencia operativa de la palabra de Jesús se halla en otros textos como *Lc 5,5*, traducido por la Vulgata: «*in verbo tuo laxabo rete*»; o *Mt 8,16*, cuando Jesús expulsa los espíritus inmundos con su palabra; e igualmente en los relatos de las diversas curaciones. Con su palabra, Jesús actúa eficazmente. Su decir es hacer: sanar (*Mc 2,10*), resucitar (*Lc 7,14*), dominar a los demonios (*Mc 1,25*) y a los elementos de la naturaleza (*Mc 4,39*). La eficacia de la palabra de Jesús es única y ningún paradigma lingüístico puede explicar la fuerza de sus palabras porque ellas son espíritu y vida, a diferencia de cualquier palabra humana, por muy sublime que sea: «Las palabras que os he dicho son espíritu y vida» (*Jn 6,63*). Dándose cuenta de ello, exclamaba Simón Pedro: «Señor, ¿a dónde iremos? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn 6,68*).

Del análisis de las cartas paulinas resulta que Pablo considera, en general, la proclamación evangélica no como un mensaje abstracto de salvación o como una serie de proposiciones acerca de Cristo (como, por ejemplo: «Jesús es el Señor»), sino más bien como un complejo acto ilocucionario. Este ilocucionario es *asertivo*, en cuanto que se afirma la verdad de la transmisión de una serie de contenidos de fe expresados en forma de proposiciones (por ejemplo, en *1Cor 15, 1-7*). En un segundo nivel también es *asertivo* porque se asevera que todo ello es verdad. Ahora bien, la verdad del anuncio paulino es radicalmente diverso de la verdad de los *asertivos* normales del lenguaje humano, ya que a través de este anuncio, expresado en una serie de enunciados, Pablo realiza una atrevida aserción: «(Yo, Pablo), afirmo que, a través del anuncio que os dirijo, se está ejerciendo una performatividad por parte del mismo Dios». De ahí que lo característico de la verdad del anuncio paulino y, en general, de la Sagrada Escritura en cuanto libro inspirado sea su peculiarísima pretensión de que, a través de ella,

Dios interviene verdaderamente en la vida del creyente y en la historia de la humanidad.

«Por todo ello (...) al recibir la palabra de Dios que os anunciamos, la abrazasteis no como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios, que sigue actuando en vosotros los creyentes» (1Tes 2,13).

Sólo desde una activa autoimplicación por parte de la comunidad creyente en la vida y obra salvíficas de Jesús, es decir, desde una inserción en el Reino de Dios y desde una identificación con la causa de Jesús, se lleva a cabo un reconocimiento de la pretensión de verdad del anuncio paulino. El testigo se caracteriza así por su autoimplicación en aquello que anuncia y proclama como verdadero, ya que sabe que Dios actúa eficazmente en virtud de la fuerza operativa de su palabra. Lo mismo podría decirse del evangelista Juan:

«Este discípulo es el mismo que da testimonio de todas estas cosas y las ha escrito. Y nosotros sabemos que dice la verdad» (Jn 21,24).

Esta autoimplicación del testigo en la verdad de aquello que narra no elimina la objetividad de lo acaecido, antes bien hace ver que sólo descubriendo la fuerza performativa actualizada y operante en el acto ilocucionario de la *anámnesis* histórica puede captarse en plenitud el contenido asertivo¹¹. Lo que los autores del Nuevo Testamento escriben no son crónicas o reportajes informativos, articulados única y exclusivamente desde una serie de enunciados constatativos y verificables. Autoimplicándose en aquello que anuncia y exhorta, el testigo que refiere los hechos de Jesús, realiza un acto ilocucionario básicamente *asertivo*. Así

¹¹ Cf. «El testigo, al narrar la fe en Jesús, asume él mismo esa fe; éste da testimonio a partir del significado de los signos que hacen manifiesto (este testimonio) para aquél que ha recibido el don de leerlos según su verdadero sentido, el misterio de Jesús. La comunidad que recoge el testimonio aporta una lectura creyente de los hechos que narra. J. LADRIÈRE, *L'articulation du sens II. Les langages de la foi*, Paris 1984, 53. Ladrière distingue diversos niveles de fuerza performativa en el complejo acto ilocucionario de Jn 21,24. Primeramente, un locutor «fundador» del Evangelio de Juan enuncia un relato «fundador». Tras él, un segundo locutor con un «acto derivado» retoma y acredita el relato fundador («es verídico», dice). Más tarde —y a través de los siglos— acontecerán otros incontables «actos derivados» que apropian ese sentido y lo re-acreditan, a su vez. He ahí una cadena de apropiaciones y re-apropiaciones del sentido por cuyos eslabones circula la performatividad.

queda reflejado en la frase: «Y nosotros sabemos que dice la verdad». Este «saber», fundado en el testimonio, es un «saber» peculiar e indirecto, pero asentado sobre convicciones razonables y dignas de ser acogidas en un acto de fe, ya que se apoya en una lógica del testimonio.

CONCLUSIÓN: LA VERDAD COMO REVELACIÓN EN LA SAGRADA ESCRITURA

1. En la doctrina clásica sobre la inspiración e interpretación de la Sagrada Escritura se daba por descontada una noción de verdad como adecuación, como correspondencia entre enunciados y hechos. Con esta noción se pretende evitar el inmanentismo y el subjetivismo. Pero esta noción puede propiciar la reducción de la Escritura a un conjunto de enunciados informativos que describen historiográficamente una serie de sucesos fácticos acaecidos en una datación precisa y coincidentes con el significado literal de las expresiones textuales. Por ello es necesario analizar las diferentes nociones filosóficas de verdad y poner en relación, como hace el Concilio Vaticano II, la noción de verdad con las de revelación y salvación. Recientemente el papa Benedicto XVI ha puesto en relación la noción de verdad con la noción del bien:

«Verdad significa más que saber: el conocimiento de la verdad tiene como objetivo el conocimiento del bien. La verdad nos hace buenos y la bondad es verdadera: éste es el optimismo que vive la fe cristiana, pues se le ha concedido la visión del Logos, de la Razón creadora que, en la encarnación de Dios, se reveló al mismo tiempo como el Bien, como la Bondad misma»¹².

2. La Biblia contiene y expresa la palabra de Dios. ¿Qué queremos decir cuando decimos palabra de Dios? Cuando decimos «palabra de Dios» en la Liturgia de la Palabra no estamos identificando el fragmento leído con un dictado de Dios. Estamos proclamando que los escritos bíblicos en el ámbito de la comunidad cristiana, de la Tradición eclesial y a la luz de la fe cristiana constituyen un encuentro con Cristo resucitado y me aportan una lectura pascual de la realidad en la que vivo. Ilu-

¹² BENEDICTO XVI, «Mantener despierta la sensibilidad a la verdad». Discurso que tenía previsto pronunciar en la Universidad «La Sapienza» de Roma el 16 de enero de 2008, p.3, traducción de la revista *Ecclesia*.

minan mi realidad, mi mundo, mi vida social, familiar, cultural, etc.; me dan que pensar, traen a mi vida la memoria de Cristo. Los relatos bíblicos contienen la verdad de Dios porque en esas situaciones concretas sus autores descubrieron la presencia de alguien que resonaba como una sinfonía trascendente y salvífica. Y lo verbalizaron como Revelación, como Palabra que daba sentido total, último y definitivo a su historia y a la historia de la humanidad. Todo esto es lo que queremos decir cuando decimos «palabra de Dios». Cuando decimos «palabra de Dios» queremos decir que, a la luz del encuentro con Cristo resucitado, descubrimos en los relatos bíblicos un sentido trascendente y salvífico. ¿Por qué digo «sentido»? Porque el término «palabra» es una reducción semántica del término *verbum* y, sobre todo, del término «Logos». La Biblia contiene y expresa el Logos de Dios encarnado que es Jesucristo, la revelación de Dios en persona. Él es la Revelación de Dios, el Dios revelado en la plenitud de los tiempos y, a la vez, es el Logos de Dios. Logos es palabra, razón, inteligibilidad, o sea, diríamos hoy, sentido y verdad. Un sentido trascendente, en cuanto que a través del relato bíblico nos abrimos desde la fe al sentido total, último, definitivo e incondicionado de nuestra vida y un sentido salvífico, porque el encuentro con el Logos de Dios nos aporta vida y la realización plena de nuestra existencia. Como dice el evangelio según San Juan: «Estos signos se han escrito para que creáis que Jesús es el Hijo de Dios y, para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Jn 20,31).

3. La Biblia contiene y expresa la palabra de Dios, pero ésta se enuncia en una gran diversidad de estratos y de juegos de lenguaje: textos legales, ordenaciones morales, prescripciones higiénicas, poesías, himnos, crónicas de batallas, cartas de exhortación, alabanzas, acciones de gracias, etc. De entre todos ellos, quizás el más relevante es el narrativo. Por ello la verdad contenida en la Biblia se presenta como verdad narrada. Jesús de Nazaret se presenta como persona narrada, como narrador narrado, mientras que los discípulos aparecen como oyentes de narraciones, que a su vez repiten y continúan narrando oralmente o por escrito los relatos escuchados. Ahora bien, las narraciones no se orientan hacia el sí o el no de una verdad científica o historiográfica. La verdad de las narraciones y relatos del Nuevo Testamento consiste en la coherencia, autenticidad y fidelidad a lo que Jesús quiso comunicarnos.

4. La verdad contenida en la Escritura consiste en la Revelación de Dios como Palabra. Dios dice al ser humano lo que éste es de verdad, le

comunica las cosas que cuentan de verdad en la vida y que son auténticas y esenciales. Y Cristo, verdadero hombre, revela al ser humano lo que éste está llamado a ser y vivir en plenitud. Viviendo la Verdad como Revelación podremos superar las tentaciones del fundamentalismo y del relativismo, y podremos seguir caminando con la fuerza del Espíritu Santo hacia la plenitud de la Verdad.